

Alain Vircondelet

LA VERDADERA

HISTORIA DE

El Principito [★]



La verdadera historia
de *El Principito*



La verdadera historia
de *El Principito*

Alain Vircondelet

Traducción de Silvia Parra

Rocaeditorial

Título original inglés: *La véritable histoire du Petit Prince*
© Flammarion, 2008

© del diseño del pliego de fotos: Estudio Flammarion
© de las fotografías de documentos: Philippe Fuzeau
© de las fotografías de objetos: Jérôme Pecnard,
excepto de la pluma Parker, el cuento de André Maurois
y la carta de Mayflower que son © de Philippe Cabaret.

Primera edición: junio de 2009

© de la traducción: Silvia Parra
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92429-87-5
Depósito legal: M. 19.541-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Prólogo	11
1. ¡Una extraña idea!	17
2. Desencanto	23
3. La búsqueda ideal	33
4. Llegada de consuelo a Nueva York	39
5. Escribir y vivir a la luz de la infancia	47
6. Saint-Exupéry tomado en serio	55
7. La influencia del entorno	63
8. La fuente de la infancia	69
9. El origen secreto de <i>El Principito</i>	75
10. Bevin House	83
11. Inquietud y espera	91
12. El compromiso	101
13. Contradicciones	105
14. Una ardiente pasión	115
15. La decisión irrevocable	121
16. ¡Por fin partir!	125
17. La despedida	129
18. Los primeros vuelos	133
19. En «el horno» de Argel	139
20. Desesperación y desánimo	145
21. Las últimas misiones	151
22. Vivir sin Saint-Exupéry	157
23. Un futuro excepcional	165

Para Aurélien, el benjamín,
nuestro Principito

Prólogo

Cuando en 1992, Jean-Claude Perrier, el joven director de la colección *Écrivains/Écrivains* de la editorial Julliard, me pidió que releyese a un gran autor clásico de mi elección, ¿podía imaginarme entonces que Saint-Exupéry sería uno de mis temas de estudio preferidos, que se convertiría en un ídolo inagotable? ¿Sabía entonces hasta qué punto me dedicaría a explorar su vida y su obra, y con qué recompensas, ésa es la palabra, me colmaría por ello?

11

Aunque la historia comenzase en 1992, he de decir que, sin embargo, empezaría mucho antes cuando, siendo yo un joven estudiante apasionado por la literatura contemporánea y amigo temprano de Marguerite Duras, frecuentaba en un cierto desorden a Blanchot y Jabès, a Mandiargues y Cassou, y a las feministas de la revista *Sorcières*, Butor y Leiris. Era en los agitados años 70, cuando estaba bien visto renegar de Saint-Exupéry, de su filosofía de bazar y de su «estúpida verborrea y cretinismo de cabina de avión con aires de sabiduría», según las crueles palabras de Jean-François Revel...

Por necesidades del encargo, me puse a releer la obra completa de Saint-Exupéry. Cada uno de sus libros me pareció responder a las grandes cuestiones de este fin de siglo, cada uno de ellos era inocente, quiero decir con eso como a salvo de todos los tics del siglo, y todos me proporcionaban lo que yo le pido a la literatura: fuerza, emociones, admiración y, por qué no repetir

la palabra, recompensas. Con Saint-Exupéry, ponía tierra de por medio y me evadía porque, a fin de cuentas, no tenía nada de contradictorio con Duras, la escritora a la que tenía en la más alta estima, y porque no había nada que pudiese ser paradójico o incompatible con ella. Veía en él las mismas luchas, los mismos pozos de luz, el mismo ímpetu y los mismos retos.

El libro se publicó y tuvo una buena acogida. Sin embargo, eso no fue todo, la historia no había hecho más que empezar...

Los lectores me escribieron. Entre ellos, una mujer me pidió que nos viésemos. Se trataba de Nelly de Vogüé, una de las protagonistas más influyentes en la vida y obra de Saint-Exupéry...

12 Nos citamos en un salón de té de los Invalides. Era ya muy mayor pero seguía siendo muy bella y elegante. Me dijo que leía todo lo que se publicaba sobre Saint-Exupéry, que le había gustado mucho mi libro, que le había hecho justicia, esas fueron sus palabras, y que estaba dispuesta a ayudarme en mis investigaciones posteriores, si es que deseaba emprenderlas. Volvimos a vernos varias veces. Poco a poco se inició una relación de amistad y complicidad. Me hablaba de Antoine, a quien conoció bien, aconsejó y ayudó. Yo también sabía que se habían querido, que ella fue su amante, su confidente, la que siempre le había apoyado y colmado de regalos. Desde la desaparición del escritor, le dedicó un tiempo considerable a su obra, contribuyó a restablecer la coherencia de *Ciudadela*, respaldó la publicación de una edición crítica de los *Écrits de guerre* (Escritos de Guerra), y escribió con el pseudónimo de Pierre Chevrier la primera biografía del escritor, publicada en la editorial Gallimard...

Me regaló una primera edición de los *Écrits de guerre*. A modo de dedicatoria, escribió que yo había «comprendido tan bien a Saint-Exupéry que tocaba directamente el corazón de aquellos que conocían al piloto escritor». Añadió que yo era «su vehículo, su vía, su camino...» Viniendo de la que, bajo la pluma de Pierre Chevrier, había escrito que «muchos estudios analíticos sobre Saint-Exupéry apenas transmitían el sentimiento de su presencia», es evidente que el cumplido me llegó al alma...

Volvimos a vernos, normalmente me recibía en su apartamento de la calle Constantine, cerca de la plaza Vauban, donde vivía Saint-Exupéry. En cada visita, sentíamos la misma emoción, la misma intimidad.

En 1999, al saber que yo preparaba un libro sobre el escritor con motivo del centenario de su nacimiento, me entregó unas fotografías de Saint-Exupéry del tiempo de la Aeroposta, en Argentina.

Pero la historia no quedó ahí. Sigo pensando que un biógrafo es como un arqueólogo o un buscador de tesoros. Puede excavar, raspar, remover la tierra y encontrar bonitas pepitas de oro durante años pero llega un día milagroso, el primero, en el que surge la Maravilla, en el que por fin aparece el tesoro o el oro, como quieran.

Y ese día, que realmente nunca había buscado porque quizá me parecía demasiado inalcanzable, llegó.

Fue en el transcurso de una cena oficial, lejos de París, en la que estaban reunidos artistas y escritores —y a la que tuve que asistir por compromiso—, como me encontré sentado junto a un hombre al que no conocía. Se presentó y me preguntó educadamente en qué trabajaba. Le dije que estaba preparando un libro sobre Saint-Exupéry. Me respondió: «¡Que coincidencia! ¡Soy el abogado del heredero de Consuelo de Saint-Exupéry!».

¿Cómo no iba a creer en la suerte organizada al azar de un destino tramposo y burlón?

Le respondí que ni su nombre ni el contenido de sus archivos me resultaban desconocidos y que también sabía que, hasta ese día, él aún no había terminado de hacer el inventario. «Deje que yo me ocupe», me dijo el abogado.

Al día siguiente me llamó a casa. Me dijo con una pizca de humor que el jueves próximo teníamos una cita en París.

Así que allí fui. Por fin tuve la oportunidad de encontrarme con D. José Martínez Fructuoso, secretario de Consuelo de Saint-Exupéry, que lo instituyó como legatario al fallecer ésta en 1979. Desde entonces, le correspondió perpetuar la memoria de Consuelo y de Antoine, y conservar todo lo que Saint-Exu-

péry llevó consigo en su viaje neoyorquino, su memoria al completo, su correspondencia, sus dibujos, sus manuscritos y sus borradores, sus notas y bocetos, sus inventos, sus guiones de películas y las primeras pruebas, sus objetos familiares, su ropa y sus uniformes; toda la historia que llevó consigo al exilio, hasta los recuerdos de infancia, poemas y estuches de colegial, cajas de pintura y colecciones de pipas. Toda su vida estaba allí, en los baúles que atravesaron el Atlántico y que seguían intactos, que formaban parte del inestimable patrimonio que Consuelo había conservado para que un día pudiesen verlo todos los admiradores de su marido.

Ese todo, ese vivero inestimable para cualquier investigador, que resulta tan inagotable en sorpresas y en descubrimientos de toda clase, es lo que se me ofreció y lo que, en parte, se me sigue ofreciendo para que lo vea.

14 Partiendo de esos archivos que la esposa del Sr. Martínez Fructuoso clasifica sin descanso, se ha impuesto una percepción de Saint-Exupéry distinta y que el mito, al estar demasiado orquestado, había fijado como imagen piadosa. La crítica moderna, la literatura contemporánea y la Universidad, debido a la falta de recursos, se habían conformado con esa imagen y, a pesar del evidente cariño que el gran público le profesaba a Saint-Exupéry, acabó ubicado en la sección de los escritores académicos...

En primer lugar apareció la fuerte y luminosa figura de Consuelo, la esposa olvidada por el mito. La esposa parlanchina y coqueta, la rosa de *El Principito*, la esposa que al mismo tiempo fue tan malquerida y tan querida, el pequeño volcán de El Salvador, como se la llamaba entonces en París, el pájaro de las islas y su perpetuo trino que superaba a las amantes de Antoine y que, finalmente, resultó ser la más fiel de todas, la que mejor comprendió a su imposible marido. Una figura radiante que aparece en los archivos como un vínculo obsesivo. Impregnada de la modernidad más absoluta queda liberada al fin, de una manera abierta y amplia, casi ilimitada, la figura de Antoine, escapado de su noche mítica, con un rostro terriblemente

humano, desesperado y esperanzado a la vez, bárbaro, como afirmaba de sí mismo, y defensor de la civilización de sus padres hasta el martirio.

Un día visité a Marguerite Duras. Fue en 1995, poco antes de que muriera. Llevaba conmigo *Vuelo nocturno* y lo dejé junto a ella. Lo vio y, de manera rotunda, dijo, melancólica y pensativa a la vez: «Saint-Exupéry... *Vuelo nocturno*... No es del todo exacto, si no recuerdo mal, habría que decir más bien, porque sería más acertado, *Vuelo en mi noche*...». Siempre ocurría lo mismo con Duras: chispas que saltan como verdades.

Fue así, mediante las intuiciones y la correspondencia, mediante las lecturas y las relecturas de la obra publicada, y contemplando los archivos inéditos de la herencia de Consuelo, como se me apareció una imagen diferente de Saint-Exupéry, casi me atrevería a decir su auténtica imagen.

A partir de este trabajo y del continuo contacto con esta pareja de leyenda, he considerado que *El Principito* no era sólo un cuento o una fábula sino una autoficción perfecta en la que aparecen entrelazados todos los motivos que han tejido la esencia de Saint-Exupéry.

Para comprender mejor esta obra maestra y a quien la escribió, era necesario contar esta aventura que, en gran parte, procede de los archivos inéditos de Consuelo en los que aún brillan como joyas las primeras acuarelas de *El Principito*.

Para poder apreciar en su justa medida lo que hay que sufrir para hacer que aparezca una estrella, ha sido necesario realizar este trabajo partiendo del centro mismo de su origen. Y que de ese «*vuelo en su noche*», como decía Marguerite Duras, podamos por fin llegar a lo más íntimo de Saint-Exupéry.

¡Una extraña idea!

Y ¿por qué no un cuento?

La historia podría empezar así: en el Café Arnold, en Columbus Circus, Nueva York, un día del verano de 1942. Fue entonces cuando parece tramarse la verdadera historia de *El Principito*. En el transcurso de un almuerzo en el que participaron Saint-Exupéry, su editor, Eugène Reynal, y su esposa, Élisabeth.

En un antiguo cliché fotográfico, que data de esa época, Saint-Exupéry aparece en compañía de estos. Se encuentra sentado entre los dos, no parece aburrirse, al contrario, es una de las raras fotografías tomadas en Nueva York en la que se le ve reír. ¿Es al principio o al final de la comida? No hay ningún plato delante de ellos, un camarero trae vasos en una bandeja. ¿Fue ese día cuando a Eugène Reynal se le ocurrió la idea de *El Principito*?

Saint-Exupéry queda a menudo con su editor en Arnold, una cervecería de moda, la «cantina» como la llama la pequeña comunidad francesa de exiliados en Nueva York, que huyó de la guerra y mata el aburrimiento y la preocupación bebiendo, divirtiéndose, conspirando y también maldiciendo. Antoine conoce bien la inutilidad de ese tipo de vida. Hace ya meses que no puede soportar los enredos de una diáspora de exiliados a los que considera demasiado snobs o demasiado intelectuales. Cada día que pasa se hunde más en la depresión, se vuelve taciturno y desdichado pero también más lúcido. No obstante, aprecia a los Reynal, ella es cariñosa y alegre, siempre está atenta para satisfacer sus caprichos, porque sabe que es un niño triste, pri-

sionero de su tristeza. Él acepta siempre sus invitaciones, sobre todo el domingo que es cuando la ciudad está menos entusiasta, menos agitada, y porque su ritmo, que repentinamente se vuelve pausado, de manera extraña, le hace pensar en una ciudad de provincias. Sí, esta fotografía podría suponer el cambio. Él se ríe y tiene una mirada chistosa y burlona.

Hace ya siete meses que Consuelo, su mujer, llegó a Nueva York. La llamó, casi la amenazó para que viniese porque, oficialmente, se anunció que iba a partir el último buque trasatlántico para América y llegaban malas noticias de la guerra. Pero, en secreto, quizá fuera porque se preocupa por ella y se avergüenza de haberla dejado sola en Francia. El 6 de noviembre de 1941 vuelven a verse. Consuelo ha dejado atrás todo lo que se refiere a su vida en el campo, en la bonita mansión estilo Luis XV, toda una *locura* edificada en el bosque de Sénart, que alquiló para ella antes de la derrota y del éxodo. Abandonó toda la existencia que construyó después, sin él, en Oppède-le-Vieux, el pueblo medieval en ruinas en el que se instalaron los amigos de Bellas Artes con los que se encontró por casualidad en Marsella y para los que resultó ser su consejera, su ninfa Egeria. Lo dejó todo, incluso la relación que mantenía con Bernard Zerhfuss, un joven arquitecto que se enamoró locamente de ella y se quedó desolado al verla partir. Pero ¿cómo se iba a resistir a la llamada de Antoine? «Ven —le dijo en el telegrama—, ve a casa de M. X. coge dinero para el viaje, todos tus papeles están arreglados, nuestro amigo Pozzo di Borgo ha recibido instrucciones para informarte».¹

Y ella se fue sin preguntarse nada más. Antoine le dijo también que estaba absolutamente desesperado al imaginar una Navidad lejos de ella y que la quería más que nunca. Y, además, que tenía que estar segura del amor que le tenía...

Tres meses después, el 2 de febrero de 1942, se publicó

1. Todas las referencias de las citas aparecen mencionadas en las Págs. 173-174 de esta obra. (*N. de la T.*)

Flight to Arras (Piloto de guerra), con las ilustraciones de su fiel amigo Bernard Lamotte.

En primavera se fue a Canadá con motivo de una desastrosa gira de conferencias que lo inmovilizó durante cinco semanas en Montreal debido a un visado caducado. Consuelo fue a reunirse con él pero el viaje no le fue nada bien. Tuvo que sufrir los asaltos epistolares de la actriz Natalie Paley y la inesperada llegada de una de las amantes de Antoine, la joven y guapa periodista Silvia Hamilton. Ésta lo persiguió hasta Montreal y él tuvo que pedirle que se fuese para no ofender a su mujer... Ella misma se excusó, argumentando que ignoraba que «su señora esposa», ésas fueron sus palabras, estuviese con él...

En esa época, hacía ya tiempo que algo estaba germinando en Saint-Exupéry, una aspiración espiritual que quería reflejar en un amplio relato, escrito en un tono casi bíblico: la realización de la obra de su vida, el gran libro que se prometió a sí mismo que escribiría. Ya no se trataba de relatos de piloto o de sus historias de la Aeroposta, sino de un libro universal y sagrado que sería la suma de todas las religiones, un libro sincrético, abastecedor para todos, un libro que, según sus palabras, reuniría al rebaño... El título no era aún *Ciudadela*, poco importaba entonces, pero emborronaba páginas y páginas, hojas de papel cebolla llenas de su letra pequeña y regular, tan fina, casi ilegible para las personas más cercanas, incluida la Señorita Bréaux, su fiel secretaria, que le profesaba una auténtica adoración pero que se arrancaba el cabello cuando intentaba leerlas... Antoine tira los borradores a la papelera haciéndolos bolas o se los lanza al perro de Silvia al que nada divierte tanto como eso. La obra está en la oscuridad, al igual que el mundo, con esa sombra pesada que va alcanzando a toda Europa, que se extiende como una maldición sobre «la tierra de los hombres»...

Pero Saint-Exupéry tiene una elegancia aristocrática: ¿cómo ocultar su dolor a los demás? ¿Cómo esconder su pena? En la «cantina», normalmente adopta la pose. Sabe, de una manera un tanto vaga, que la tragedia está en camino, que nada parará su curso, que lo peor está por llegar, desconocido entonces pero

sin embargo tan cercano: la ocupación alemana de la zona francesa libre, el hundimiento de la flota en Tolón, la interminable guerra...

Entonces prefiere representar su papel y parecer alegre y expresivo. Cuando habla demasiado para divertir al personal, todo el mundo sabe con certeza que la angustia lo oprime. Siempre hace los mismos trucos con las cartas, las mismas bromas. Tiene que hablar, que ser el que divierte al público, el seductor que no teme las astillas del tiempo y el que las desafía. Cuando sus redondos ojos se iluminan, todas las mujeres, las Daisy, las Gaby y las Suzy, todas las de «las salas de espera», como decía en las tardes de confidencias, las que no lo colmarán jamás, sólo ven fuego en él. Cuando la angustia es demasiado fuerte, cuando vuelve la preocupación que le aturde, le deja prostrado y le vuelve amargo, se dedica a hacer garabatos y dibujillos, los mismos que cuando era un niño, monigotes, animales, flores del campo...

20

Ese día, en el café Arnold, mientras el camarero retiraba la mesa, dibuja un muchacho con el cabello revuelto. Ese niño viene de lejos, de hace mucho tiempo, de hace ya años. Saint-Exupéry afina el trazo, suprime ciertos detalles. Ahora, lo dibuja casi de manera automática: él, que pretende no saber dibujar. Cuando estaba en el internado ya dibujaba y, por supuesto, aunque no se trataba de nada comparable con los maestros del arte holandés o italiano, el trazo era imponente, expresivo, vivo, con nervio y, enseguida, transmitía un sentido. Le gustan mucho sus monigotes, son compañeros de ruta, amigos de soledad, porque desde hace lustros sabe que se encuentra solo en el mundo, «dejado» en el mundo, abandonado en el gran movimiento del tiempo. Desde la infancia bendita en la mansión de Saint-Maurice-de-Rémens, desde el calor azulado de su habitación en la que la estufa «zumbaba como una peonza», en la que todo parecía indestructible...

Ríe y bromea, va de artista, no duda en cantar las antiguas canciones francesas en mitad de la comida y, después, se hunde en una melancolía incomprensible. Entonces se calla y dibuja

sus muchachitos... La publicación de *Piloto de guerra* le ha dejado un gusto amargo en la boca. ¿Qué hace en esta ciudad, con esos exiliados que juegan a estar en la resistencia? ¿De qué culpabilidad secreta y sorda le hace sufrir Nueva York? ¿Qué sentido tiene escribir cuando se ridiculiza a la tierra de su infancia? ¿Cómo conseguir de una vez por todas formar con Consuelo esa pareja ideal y justa con la que tanto sueña, esa pareja evangélica, en la que ella, la esposa, sería la siempre fiel, obediente y amada «esclava del Señor»?

Los altercados con Reynal y su socio Hitchcock, cuando se publicó *Piloto de guerra*, le han marcado. ¿Cómo aceptar los retoques, lo que a fin de cuentas considera como una forma de censura que exigen sus editores? Promete a los que llama, abreviando en una contracción sus dos nombres: los Reyhitch, escribirles un nuevo texto que cuente algo más fácil, más comercial, por ejemplo, «los amores de una rubiales con un húsar...». Porque no pueden entender todo lo que pretende transmitir en sus libros y le obligan a borrar, a cambiar el final, a escribir para el público americano...

21

Y luego, el continuo acoso de los exiliados, el hampa de los falsos franceses de Nueva York, que ya le persigue. Saint-Exupéry está cansado de darle vueltas a la guerra y a las preocupaciones americanas de esa forma tan machacona. Reynal piensa que su aspecto neurasténico no debería llevarle a dejar de escribir, a que ahuyente su desgracia en la noche neoyorquina. Mide el riesgo. Tiene en gran estima al autor con el que ha logrado el éxito que le ha permitido dar el fabuloso campanazo editorial primero con *Tierra de hombres* y, después, con *Piloto de guerra* y teme que realmente se hunda en las cloacas, en la melancolía y en la jarana, y que su inspiración se agote. ¿Cómo hacer que Saint-Exupéry esté ocupado durante ese periodo? ¿Qué se le puede proponer? ¿Qué pensar de ese relato meditativo del que habla con tanto fervor y que, seguramente, no tendría el mismo éxito para su público?

El Saint-Exupéry que se ve en el cliché del Café Arnold se encontraba entonces incapacitado para escribir. «Mal paso»,

opina Reynal. ¿Es precisamente ese día, entre dos platos o al final del almuerzo, mientras Saint-Exupéry aprovecha el mantel de papel blanco que estuvo durante un tiempo immaculado para dibujar su hombrecillo, cuando a Reynal se le ocurre la genial idea de encargarle un nuevo libro?

¿Por qué no escribe un cuento para niños? Le dijo...

Se ve en el cliché, Saint-Exupéry ríe, parece feliz, divertido y, sin embargo, asombrado con la extravagante idea de su editor. Piensa que se ríen de él, que realmente debe parecer senil, como ya le decía en una carta a su amigo Galantière, hasta el punto de escribir sólo relatos ingenuos para niños o viejos que vuelven a serlo... Pero riendo, a modo de desafío, se oye a sí mismo responder:

—¿Y por qué no?

Y así fue como nació *El Principito*, de un almuerzo a un posre taciturno en el que se deslizaron como por encanto los fantasmas de una infancia perdida para siempre, la existencia despreocupada aunque casi pobre en la mansión de Saint-Maurice, la gran avenida de abetos negros, los juegos del caballero Aklin, el héroe invencible que inventó Antoine, la hermandad reunida, el canto de las ranas en las charcas y, sobre todo, la ternura de su madre cuando venía a darle las buenas noches al calor tibio de la pequeña estufa de llamas azules «en la habitación de arriba»...